

Tiresias en Villa Inflamable. Hacia una cronografía de la dominación

◆ *Javier Auyero y Débora Swistun*

*«Parecen negros preguntando cuándo les será dada
la libertad y la igualdad; su urgencia es la urgencia
de los marginados por obtener un cronograma»*

EVERETT C. HUGHES

Introducción

En una de las tantas versiones que tenemos del mito griego, el joven Tiresias sorprende a Atenas mientras esta toma un baño. En castigo por haberla visto desnuda, la hija de Zeus ciega a Tiresias, pero también lo compensa con la capacidad de ver el futuro. Tiresias conoce lo que va a suceder, pero –como nos recuerda Alfred Schutz en su inspirador ensayo «Tiresias, or our Knowledge of Future Events»– nuestro adivino mítico no puede ver las cosas que están pasando en el presente, ni provocarlas o prevenirlas. «Él permanece como espectador impotente del futuro», escribe Schutz (1964: 277).

◆ Javier Auyero es Associate Professor en la State University of New York at Stony Brook. Débora Swistun es egresada de la Carrera de Antropología de la UNLP. El texto original en inglés fue traducido por Ana Julia Ramírez y Jerónimo Pinedo.

El mito de Tiresias le sirve a Schutz como punto de partida para examinar los modos en los que el sentido común de los hombres y mujeres ordinarios «anticipa lo que va suceder» (281); y, más en general, para distinguir entre el reino del mundo social que escapa al control humano y aquel sobre el cual los individuos pueden actuar —entre «hechos que ocurrirán sin nuestra interferencia y aquellos que ocurrirán a causa de nuestras acciones» (291).

En términos de las expectativas respecto del porvenir, Schutz subraya tres grandes diferencias entre el *lebenswelt* de Tiresias y el de los seres humanos. a) En la vida diaria, hombres y mujeres dan sentido a su pasado, presente y futuro a partir de un stock disponible de conocimiento pre-organizado (lo que Schutz llamaría «conocimiento de receta de cocina»). Este acervo de conocimientos tiene una historia particular: es producto de la «sedimentación» de experiencias pasadas «cuyo resultado se ha transformado en una costumbre» (283). Al contrario, las predicciones de Tiresias «son independientes de su experiencia previa» (281). b) En su vida cotidiana, en su «realidad alerta» («wide-awake reality»), los hombres y las mujeres están profundamente involucrados en lo que ellos mismos anticipan. Los seres humanos deben «estar preparados para enfrentar o eludir los hechos que anticipan»; deben «confrontarlos, sea aceptando lo que se les impone o influenciando su curso si es que tienen el poder para hacerlo». La anticipación de hechos futuros determina los «planes, proyectos y motivos» de los seres humanos. Tiresias, por el contrario, es «un mero espectador despreocupado del futuro que prevé». c) Las predicciones de los hombres y mujeres son compartidas, colectivas y socializadas; las de Tiresias «suceden dentro de su mundo privado y, como tales, son inaccesibles a otros. Su conocimiento del porvenir no está de ningún modo vinculado con el conocimiento de los otros» (282).

En relación con los diferentes mundos que habitamos, Schutz establece aún más distinciones entre nosotros y el adivino mítico. Los seres humanos se parecen a Tiresias, dice Schutz, en el reino del mundo que se les impone y escapa a su control. En este mundo, nuestra existencia depende de estos sucesos y somos, como Tiresias, «meros espectadores»; sin embargo, y al contrario que Tiresias, nuestras predicciones están «gobernadas por esperanzas y miedos» (292). En el mundo de la acción humana, i.e. en el reino de los hechos futuros que suponemos influenciados por la conducta humana, los hombres y las mujeres están en las antípodas de Tiresias: «Nos consideramos los hacedores de estos acontecimientos». (292) En el lenguaje socio-antropológico contemporáneo, hombres y mujeres se piensan a sí mismos como *actores* —y actúan en consecuencia. El mun-

do de los actores es un reino lleno de intenciones, un mundo de «proyectos» —i.e. visualizaciones de un estado de cosas que sucederán como consecuencia de nuestras acciones futuras (Emirbayer y Mische: 1998).

La lectura que hace Schutz del mito de Tiresias da cuenta de un tema extensamente discutido en la teoría social clásica y contemporánea, y en estudios empíricos: las diversas formas en que los seres humanos, en su «mundo-de-vida», sienten y piensan (y actúan sobre) el *tiempo* (Sorokin y Merton, 1937; Durkheim, 1965; Roth, 1963; Geertz, 1973; Zerubavel, 1979; Giddens, 1986). En el primero de los mundos de Schutz, los individuos deben soportar el tiempo, con esperanza o con miedo. «Como los espectadores en un teatro», el individuo es un mero observador «de lo que sucederá» (292). En el de la acción humana, por el contrario, los actores pueden *actuar* —o *proyectar*— sobre un tiempo que perciben maleable.

El mito de Tiresias también advierte la conexión entre tiempo y poder que ha sido objeto de muchas reflexiones teóricas y empíricas (relación que Schutz no explora totalmente). El tiempo, por ejemplo, ha sido analizado como una dimensión crucial en el funcionamiento del intercambio de dones (Bourdieu, 1977) y de las redes clientelares (Scott and Kervliet, 1977; Auyero, 2001). En ambos casos, la verdad objetiva del intercambio necesita ocultarse para que el propio intercambio funcione aceitadamente (Bourdieu, 1990; Ortner, 2006): el tiempo es el responsable del ocultamiento.

Estos estudios revelan que la temporalidad es manipulable. Que puede ser objeto de un «continuo proceso de negociación», como muestra Julius Roth (1963) en su perspicaz etnografía sobre las formas en que pacientes y doctores estructuran en conjunto el paso del tiempo en un hospital; que puede ser objeto del ataque constante, como ilustra Paul Willis (1977) en su disección del modo en que los jóvenes rebeldes rechazan el cronograma escolar arduamente construido por el colegio; o el medio a través del cual la disciplina es impuesta y negociada, como lo demuestra E. P. Thompson (1994) en su clásico análisis sobre los cambios en las formas subjetivas de calcular el tiempo durante el capitalismo industrial temprano. Los sentidos colectivos del tiempo están profundamente entrelazados con los mecanismos de —y la resistencia a— la dominación social. Estos trabajos muestran que el tiempo es un *locus* de conflicto, pero también, y tan importante como ello, de aquiescencia.

Sobre la base de treinta meses de trabajo etnográfico en Villa Inflamable, un barrio pobre altamente contaminado de la Argentina, este artículo examina los

lazos entre el sufrimiento ambiental, la dominación social y las percepciones colectivas del tiempo. Sostenemos que los modos en que los habitantes de este barrio piensan, sienten y conviven con la polución están estrechamente anudados a su percepción del futuro. En consecuencia, una etnografía de la experiencia vivida de la contaminación debería ser, al mismo tiempo, una *cronografía* –i.e. una descripción densa del orden socio-temporal que prevalece entre los residentes.¹

Luego de una breve descripción de su emplazamiento, historia y situación presente, ofrecemos una descripción detallada de la incertidumbre generalizada que domina las percepciones del riesgo tóxico. Para comprender y explicar esta generalizada incertidumbre tóxica, ahondamos en la percepción del tiempo de los residentes. Nuestra *cronografía* revela que los habitantes experimentan la polución ambiental como una «espera», un tiempo orientado hacia –y manipulado por– otros poderosos (funcionarios, abogados, expertos, doctores, etc.) La atención simultánea a la percepción de la toxicidad y del tiempo nos servirá para iluminar los mecanismos y experiencias de sumisión. Argumentaremos que la dominación funciona dando lugar al poder de los otros y es experimentada como un tiempo de espera. Esperar que otros tomen las decisiones sobre sus vidas (primero con esperanza y luego con frustración); rendirse, efectivamente, a la autoridad de otros. De modo interesante e inesperado, el mundo de Tiresias encuentra paralelos en las vidas de los habitantes contemporáneos de la villa miseria que, como el adivino griego, son forzados a transformarse en «meros espectadores de acontecimientos que escapan a su control» (Schutz, 1964: 280). Vamos a mostrar que los Tiresias destituidos y envenenados del mundo de la miseria viven en un tiempo orientado a otros, un tiempo alienado; obligados a «esperar que todo provenga de los otros», como lo dice tan elocuentemente Pierre Bourdieu (2000: 237). Incluso si la relación particular –y hasta cierto punto extrema– entre tiempo, conducta y dominación analizada más abajo es peculiar de Villa Inflamable, estas íntimas conexiones son un fenómeno general que consideramos extensible a todos los grupos subalternos que viven en territorios urbanos relegados.

¹ Tomamos prestado el término «tempography» (en el original en inglés) de Eviatar Zerubavel (1979), quien a su vez lo toma prestado del ensayo «The Colonization of Time» de Murray Melvin.

Un comentario sobre los métodos

Este artículo está basado en veinte entrevistas en profundidad realizadas a residentes de Villa Inflamable y, quizá de manera más importante, en innumerables conversaciones informales y observaciones directas llevadas a cabo a lo largo de un período de dos años y medio de trabajo etnográfico en equipo. Javier Auyero realizó el trabajo de archivo y la mayoría de las entrevistas con funcionarios públicos, personal de las empresas, activistas y abogados. Débora Swistun realizó la mayoría de las entrevistas con los residentes recuperando sus historias de vida. Ella nació y vivió toda su vida en el barrio, la mayoría de las personas con las que habló durante el curso de este proyecto son sus vecinos; algunos la conocen desde que nació o son conocidos de su familia. La familiaridad y la proximidad social fueron extremadamente útiles para reducir lo más posible la violencia simbólica ejercida en la relación de entrevista.

Las entrevistas fueron grabadas y transcritas, y su contenido fue analizado sistemáticamente. Nuestras notas etnográficas fueron organizadas y analizadas utilizando una codificación abierta y focalizada (Emerson y otros, 1995). Aplicando el criterio de evidencia que es normalmente utilizado en la investigación etnográfica (Katz, 1982, 2001, 2002), le asignamos mayor valor demostrativo a las conductas que pudimos observar por sobre aquellas reportadas por los entrevistados, y a las acciones individuales o patrones de conducta relatados por muchos observadores por sobre aquellas relatadas por un único observador.

Nuestro trabajo de campo no se restringió al barrio. Durante dos años y medio, también realizamos quince entrevistas en profundidad a una variedad de actores: médicos que trabajan en los centros de salud comunitarios (2); maestros empleados en la escuela local (3); funcionarios municipales, provinciales y nacionales que trabajan en políticas ambientales (4); abogados que gestionan juicios contra las empresas de la zona en representación de los residentes (2); personal que trabaja en el polo petroquímico (2); y científicos que hicieron un estudio epidemiológico en el barrio (2). Con el objetivo de examinar las decisiones y debates públicos vinculados a Villa Inflamable y el Polo Petroquímico, también revisamos tres periódicos nacionales (*Clarín*, *La Nación*, *Página 12*) usando sus respectivos buscadores digitales para hallar noticias sobre Villa Inflamable, Dock Sud y el Polo Petroquímico entre 1999 y 2006.

Villa Inflamable: pasado y presente

En la Argentina, así como en cualquier otro lugar, las barriadas, las villas miserias y los asentamientos están íntimamente asociadas con el riesgo ambiental y condiciones de vida insalubres; sus efectos nocivos sobre la salud han sido repetidamente considerados (Stillwaggon, 1998; UN, 2003; Davis, 2006). En particular, una proporción significativa del crecimiento de las villas miserias en la provincia de Buenos Aires se desarrolló a lo largo de los márgenes altamente contaminados del Riachuelo, el río que atraviesa la zona sur del área metropolitana.² Un censo realizado recientemente por la Defensoría del Pueblo de la Nación informa que trece villas miserias se localizan en sus costas (Defensoría, 2003). De acuerdo con la Organización Panamericana de la Salud (PAHO, 1990, citado en Stillwaggon, 1998), el Riachuelo recibe «grandes cantidades de metales pesados y compuestos orgánicos provenientes de los residuos industriales» (ver también Merlinsky, 2007a). Toneladas de sedimentos tóxicos, solventes diluidos (derramados por las plantas frigoríficas, industrias químicas, curtiembres y hogares), cadmio y plomo son periódicamente vertidos en la corriente muerta de este río. La villa miseria llamada Villa Inflamable se asienta exactamente en la costa sur de la boca del Riachuelo y está rodeada por uno de los polos petroquímicos más grandes del país (El Polo Petroquímico y Puerto Dock Sud), por un peligroso incinerador de basura, y por un relleno sanitario que crece sin ningún tipo de control. El suelo, el aire y las corrientes de agua de Villa Inflamable están altamente contaminados con plomo, cromo, benceno y otros químicos (Defensoría, 2003; PAE, 2003; Dorado, 2006).

En 1931, se instaló la primera refinería de la empresa Shell en el área que luego se transformaría en «el polo». Desde entonces, otras compañías se han radicado en la zona. La refinería de Shell es la planta más importante, aunque también hay otras refinerías de petróleo (DAPSA), tres plantas de almacenamiento de petróleo y derivados (Petrobras, Repsol-YPF y Petrolera Cono Sur), varios depósitos de productos químicos (TAGSA, Antívar, Dow Química y Solvay Indupa, entre otras), una fábrica de productos químicos (Meranol), una dársena de contenedores (Eslogan), y una planta termo-eléctrica (Central Dock Sud) (Dorado, 2006; Clarín, 4 de Julio del 2006).

² Entre el año 2001 y el año 2006, la población viviendo en condiciones altamente precarias en el Gran Buenos Aires casi se duplicó. De acuerdo con un estudio realizado por un grupo de geógrafos de la Universidad de General Sarmiento (*La Nación*, 10 de Julio de 2006), la población total de las barriadas, villas miserias y asentamientos subió de 638.657 residentes viviendo en 385 asentamientos precarios en el año 2001 a 1.144.500 viviendo en 1000 asentamientos precarios en el año 2006.

De acuerdo con los últimos datos disponibles, en el año 2000 había 679 hogares en Villa Inflamable. Se trata de una población bastante reciente: el 75 por ciento de los residentes ha vivido en la zona por menos de quince años. Más aun, aunque no hay datos exactos, las autoridades municipales, los líderes comunitarios y la gente que trabaja y vive en la zona (en el polo petroquímico, en la escuela y en centro asistencial de salud) nos informaron que desde la década pasada la población del barrio se ha, por lo menos, cuadruplicado —este crecimiento habría sido alimentado por los desalojos de los asentamientos en la ciudad de Buenos Aires y la inmigración proveniente del interior y de países como Perú, Bolivia y Paraguay. Finalmente, diferencias internas separan a un pequeño sector compuesto por los antiguos habitantes del barrio, de clase media baja, de la mayoría de los nuevos habitantes del barrio, de muy escasos recursos. Como veremos más adelante, estas diferencias internas de clase son cruciales para comprender la reproducción de la confusión y los malos entendidos respecto de la contaminación que los rodea.

Villa Inflamable es, de muchas maneras, similar a otros enclaves de pobreza urbana en Argentina profundamente afectados por el crecimiento explosivo del desempleo en la década de 1990 (Auyero, 1999; 2001). La mayor parte de las fuentes de subsistencia de los habitantes del barrio provienen del cirujeo, los planes sociales y trabajos manuales temporarios en alguna de las empresas del polo. Sin embargo, lo que distingue este enclave pobre de otros es la relación particular que mantiene con la empresa más importante del polo, Shell-Capsa, y el grado de contaminación que afecta la zona y a sus residentes.

Los muros y las entradas vigiladas que separan el área industrial del barrio encubren la relación orgánica que Shell-Capsa ha mantenido con la comunidad por más de setenta años. En las historias de vida que hemos recolectado, los residentes más viejos recuerdan una abundancia de trabajo en la zona. También recuerdan cuando no existían viviendas cerca del área industrial y sus esfuerzos sobrehumanos para construir lo que en su origen fueron casillas en medio de lodazales (aún hoy sigue habiendo terrenos inundables en el centro del barrio). El relleno de los alrededores aparece en la narrativa de los viejos habitantes del barrio como una empresa colectiva muy importante de aquellos primeros años —y todavía lo es, de acuerdo a nuestras entrevistas y observaciones. Una de las fuentes posibles de contaminación es el propio material que la gente ha utilizado (y sigue utilizando) para elevar sus terrenos, generalmente desechos tóxicos. De hecho, en muchas de las historias de vida que hemos recogido, el relleno con basura parece

haber sido una estrategia común de los vecinos. Como recuerda Marta, quien ha vivido en Villa Inflamable por veinticinco años, refiriéndose al terreno sobre el cual se asienta su casa: «Esto era una laguna. La rellenamos con toda clase de cosas, cemento, piedras, esa cosa negra... cada camión nos costó cinco pesos».

Son múltiples las dimensiones materiales y simbólicas de la intrincada relación entre el vecindario y la Shell, o «la empresa», como suelen llamarla los habitantes del lugar. Históricamente, Shell ofreció trabajos formales e informales tanto a los hombres (que trabajaban en la refinería) como a las mujeres (que trabajaban como empleadas domésticas y niñeras para los profesionales de la empresa). Los viejos habitantes recuerdan no solo haber trabajado para Shell sino también asistir al centro de salud localizado en el predio de la compañía y recibir agua potable, cañerías y otros materiales de construcción de parte de la compañía. La empresa financió la construcción del centro de salud barrial hace una década (el centro emplea a siete médicos y a dos enfermeras, allí funciona una guardia de 24 horas y tiene una ambulancia, algo bastante poco común en los barrios pobres del país). A pesar de que, luego de la automatización de muchas de sus operaciones, Shell dejó de ser el mayor empleador de la comunidad, todavía provee de trabajo a muchos viejos y jóvenes residentes y regularmente destina fondos para la escuela local; actividad definida por un ingeniero de la compañía como un «plan de promoción social». Entre los servicios financiados por la compañía se incluye un programa nutricional para madres pobres, que contempla la distribución de comida; clases de computación para estudiantes (realizadas dentro del predio de la Shell); la donación de ventanas, pintura y calefactores para la escuela; la financiación del viaje de egresados para los estudiantes de la escuela local; remeras con el logo de la empresa para los equipos juveniles de fútbol, voleibol y handbol; y la distribución de juguetes en el día del niño. A través de su división de relaciones con la comunidad, la compañía intenta seguir lo que un funcionario municipal denomina «una política de buen vecino». Sin duda, la presencia de Shell distingue a Villa Inflamable de otras comunidades pobres.

Mientras que Shell y otras compañías han generado programas de relación con la comunidad en Villa Inflamable, que no existen en otros vecindarios pobres, sus procesos industriales también han producido más riesgos ambientales que los existentes en otras barriadas populares de la Argentina. En consecuencia, Villa Inflamable es diferente de otros barrios destituidos por el grado (y los efectos conocidos) de polución de su agua, aire y suelo. Los expertos (tanto del gobierno local como de Shell) están de acuerdo con que, dada la calidad del aire asociada con las

actividades industriales del polo, la zona no es apta para la residencia de humanos, especialmente en tanto que ha sido utilizada como basurero por muchas compañías aledañas. Aún hoy, la zona es utilizada como basurero a cielo abierto por subcontratistas que ilegalmente arrojan sus desechos en el lugar (en numerosas ocasiones fuimos testigos de ello durante el trabajo de campo). Muchas de las cañerías que conectan los hogares con la red de agua corriente de la ciudad son plásticas y defectos en sus juntas y rajaduras permiten a las toxinas del suelo penetrar en la oficialmente llamada «agua potable». Con frecuencia, un olor nauseabundo emana de este depósito de basura, del agua putrefacta repleta de esta misma basura y de los químicos acumulados y procesados en el polo.

Un estudio epidemiológico comparó una muestra realizada a niños de entre siete y once años de edad que viven en Villa Inflamable, con otra realizada a niños que viven en otros barrios pobres con características socioeconómicas semejantes, pero con menores niveles de exposición a las actividades industriales (PAE, 2003). En ambos barrios, el estudio mostró que los chicos están expuestos al cromo y el benceno (ambos cancerígenos) y al tolueno. Pero el plomo, «la madre de todos los venenos industriales... la toxina paradigmática [que vincula] a las enfermedades industriales con las ambientales» (Markowitz y Rosner, 2002: 137), distingue a los niños de Villa Inflamable del resto. El cincuenta por ciento de los niños testeados en este vecindario tenían niveles de plomo en la sangre mucho más altos que lo normal (contra el 17 por ciento en la muestra de control).³ En consecuencia, dados los conocidos efectos del plomo sobre los niños, no sorprende que este estudio haya encontrado coeficientes intelectuales menores a lo normal y porcentajes más altos de problemas neurológicos entre los chicos de Villa Inflamable.⁴ El estudio también encontró fuertes asociaciones estadísticas entre dolores de cabeza frecuentes y otros síntomas neurológicos,

³ 10 ug/del (microgramos por decilitro) es considerado hoy un nivel normal de plomo en la sangre. Para la historia de la epidemiología del plomo, ver Bernei (2000) y Widener (2000). Para una historia del «fraude y la negación» concerniente a los efectos perniciosos del plomo, ver Marcowitz y Rosner (2002). Ver también Warren (2000).

⁴ El plomo se acumula en el cuerpo humano (en la sangre, tejidos y huesos) en relación proporcional con su cantidad acumulada en el ambiente. El plomo en el ambiente es consecuencia de su utilización en la industria. Los niveles de absorción del plomo (medidos en la heces, orina, sangre y otros tejidos) indican los niveles de exposición y envenenamiento (Bernei, 2000: 238). De acuerdo con la Agencia de Protección Ambiental Norteamericana, el plomo «puede causar un amplio espectro de efectos sobre la salud, desde problemas de conducta y dificultades de aprendizaje hasta lesiones y muerte». Una exposición extremadamente alta al plomo «causa encefalopatía y muerte, dosis más bajas causan severos retrasos, y menores dosis llevan a problemas de aprendizaje, a pequeños pero significativos cambios en el coeficiente intelectual y a otros efectos sobre el sistema nervioso central» (Berney, 200: 205).

problemas de aprendizaje e hiperactividad en la escuela. Los niños de Villa Inflamable registran mayores problemas dermatológicos (irritación en los ojos, infecciones en la piel, erupciones y alergias), problemas respiratorios (tos y broncoespasmos), problemas neurológicos (hiperactividad) y dolores de cabeza e irritación de garganta.

Incertidumbres tóxicas

Con el humo blanco y negro emanando de las chimeneas, con el ruido constante de las alarmas y de los pesados camiones que entran y salen, con el azaroso olor del gas o de otras sustancias cáusticas, rodeados de basura y de terrenos pantanosos, es difícil para cualquiera en Villa Inflamable negar que, como muchos vecinos nos contaron, «acá hay algo». Como nos dijeron en repetidas ocasiones (y experimentamos en carne propia): «A veces no se puede estar afuera, el olor es repugnante, te pica la garganta. Huele a gas. Se huele incluso si cerramos la puerta...». No obstante, cuando los habitantes tienen que hablar específicamente de la contaminación, cuando tienen que nombrar sus fuentes, la locación y los contenidos de la polución, las cosas se tornan borrosas. Dudas y errores también abundan cuando los vecinos especulan en voz alta sobre los efectos nocivos de la polución sobre la salud.

Por ejemplo, los residentes dicen que el petróleo contamina las corrientes de agua, pero también lo consideran inocuo (de acuerdo con muchos de los entrevistados, el problema real no sería la refinería de petróleo sino el depósito de sustancias químicas cercano). Los habitantes piensan que la refinería de Shell es completamente segura («es la planta más segura del mundo»), aunque también piensan que es altamente contaminante («Shell nos está matando [...] dan regalos para encubrir la contaminación»). Del mismo modo, piensan que la planta procesadora de carbón ubicada dentro del polo es tóxica («una fábrica de cáncer», «de allí es de donde proviene todo el plomo») o inocua («porque nada se arroja al aire»). Con el plomo, sin embargo, las discrepancias adoptan una forma diferente. Nadie niega que el plomo sea nocivo, pero la mayoría de los entrevistados desplazan sus efectos hacia otra parte: no lo localizan en todo el barrio sino en la parte más pobre y más nueva de la villa; no lo visualizan acumulado en sus propios cuerpos o en los de sus hijos, sino en los cuerpos de los habitantes más destituidos cuyos «hijos juegan descalzos», «no se lavan las manos» y «se bañan en

agua sucia». En este razonamiento, las responsables de exponer a los niños al plomo son las madres permisivas antes que el propio medio ambiente. Como nos dijo Susana, quien ha vivido por diez años en el barrio: «La culpa es de las mamás. Son ellas las que permiten a los chicos jugar en la basura, no los bañan... por eso se contaminan».

Por ejemplo, García e Irma (que rondan los setenta años y han vivido en Villa Inflamable los últimos cincuenta años) y Silvia (que ronda los sesenta años y nació y fue criada en el barrio) expresan sus dudas sobre las fuentes y el grado de la contaminación del siguiente modo:

García: No sé, no sé de qué contaminación habla la gente. Culpan a la planta de carbón, pero todo el proceso [industrial] es un circuito cerrado, nada se ventila al aire. Hace años, el carbón se procesaba todo a cielo abierto... ningún trabajador del carbón está vivo, **eso** era insalubre [énfasis en el original].

Irma: Pero no ahora...

García: No, ahora no. Oíme, yo trabajé ahí por treinta y ocho años [en la Shell]... se hacía nafta con plomo pero ya no se hace más, yo trabajaba en los tanques de nafta y nunca me enfermé... si estos hubieran estado contaminados, imagínate: ella está acá desde 1944 y yo vivo aquí desde 1950, y nunca tuvimos ninguna enfermedad de la contaminación.

Silvia: Los chicos envenenados con plomo son todos de allá [la parte más nueva y destituida de la villa]. Ninguno de los chicos de acá tienen nada... Ellos [los chicos] se enferman por toda la basura que ellos mismos juntan.

Aún así, es una cuestión de sentido común entre los vecinos que hay «algo», sobre todo, en el aire —hay menos certeza o conciencia sobre la polución en la tierra y en el agua. Pero una cosa es lo que la gente sabe (o dice que sabe) y otra la forma en que la gente interpreta la información (Eden, 2004; Vaughan, 1990, 1998). Por un lado, un modo de pensar y vivir la polución reconoce su existencia pero niega su gravedad. Varios adultos de Villa Inflamable usan sus cuerpos como instrumentos de negación: después de todo «nunca tuvieron problemas de salud». Como lo dice Francisco, un viejo vecino: «Yo crié a tres chicos acá, yo mismo he estado dentro de las plantas y no tengo ningún problema [de salud]». Otros vecinos, sin embargo, tienen menos certezas sobre lo que pueden aprender de sus cuerpos; como nos lo dijeron muchos: «yo sinceramente no sé si estoy

contaminada o no... ni siquiera sé cuáles son los síntomas». «Entonces no sabés si tenés algo», dice Felisa, quien ha vivido en el barrio por treinta años.

Otros vecinos creen que Villa Inflamable podría estar contaminada, pero «nosotros no lo estamos» o «al menos no lo sabemos» porque «hasta ahora no hemos sido examinados» —como si los efectos de la polución ambiental fueran un asunto blanco o negro, algo que tenés o no tenés. Como dice Marga, quien vive en el barrio desde 1958: «yo sinceramente no sé si estoy contaminada... ¿Quién sabe cuáles son los síntomas?». (Para una descripción y una explicación detallada, ver Auyero y Swistun, 2007a y 2007b)

Una cronografía

Una de las tantas cosas que nos sorprendió durante nuestro trabajo de campo fue la recurrencia con la que las expresiones sobre la contaminación del presente y sus sospechados (o negados) efectos sobre la salud venían acompañadas de afirmaciones sobre acontecimientos que ocurrirían en un futuro inminente. Si no fuera porque esta superposición entre presente y futuro hizo de la codificación de las entrevistas y las notas de campo una tarea intimidante, no nos habríamos dado cuenta del fascinante desafío analítico que teníamos frente a nosotros. En nuestras entrevistas y conversaciones informales, notamos que muchas veces las afirmaciones que expresaban duda y confusión sobre lo que estaba ocurriendo ahora se superponía con afirmaciones que comunicaban cierto grado de confianza sobre sucesos que ocurrirían en el futuro cercano. En otro artículo examinamos cómo las percepciones tóxicas están ancladas cognitivamente en el pasado, sobre todo, en el período de incubación gradual de la contaminación y en las rutinas in-interrumpidas que gobernaron la vida cotidiana del vecindario por un largo período de tiempo (Auyero y Swistun, 2007b). Allí sosteníamos que la lenta germinación de la polución y las rutinas diarias inalteradas funcionan como anteojeras que ocultan los crecientes riesgos ambientales. En este apartado, argumentaremos que las percepciones sobre la toxicidad también están arraigadas en creencias sobre el futuro y que los residentes comprenden este futuro como algo fuera de su control; algo sobre lo cual la única actitud posible es esperar (con más o menos esperanza o con más o menos miedo). Presentaremos nuestro argumento a través de una descripción detallada de la vida de tres residentes; vidas que contienen —casi como tipos ideales realmente

existentes— los elementos presentes (y ausentes) en la situación apremiante que vive la mayoría de la población de Villa Inflamable.

María

María Soto ha vivido en Villa Inflamable por 20 años. Habita en una precaria casa de madera cuyo jardín relleno de basura desemboca en un nauseabundo terreno fangoso. Sin posibilidad de encontrar un trabajo (en el pasado trabajó como personal de limpieza en alguna de las plantas y en las casa que están dentro del complejo), es una de las cientos de miles de beneficiarias del plan *Jefas y Jefes de Hogar*.⁵ María y su esposo Pedro (remisero y también beneficiario de un plan) apenas sí pueden mantenerse ellos dos y a sus tres hijos. Cada lunes, María asiste a un taller de nutrición para madres de niños desnutridos, organizado en la escuela local con fondos provenientes de la Shell. También recibe, cada mes, comida gratis que, junto a los comedores comunitarios donde sus hijos comen todos los días, ayuda al mantenimiento del hogar.

Rosa, la hija de once años de María, está contaminada con plomo. De acuerdo a un análisis que le hicieron hace dos años, sus niveles de plomo en la sangre son de 18.5ug/del (microgramos por decilitro), muy por encima de lo que se considera niveles normales de plomo en la sangre (10ug/del). Quizás esto explique sus noches de insomnio («duerme sobresaltada», dice su madre), sus picos de fiebre imprevisibles y sus convulsiones ocasionales. «Le conté al doctor acerca de la fiebre y la tos», dice María, «y el doctor me dijo que se debe a que el plomo te consume lentamente». María sabe que hace más o menos un año un viejo vecino murió de saturnismo y ella está asustada por la salud de su hija («tengo miedo por mi hija»). Hace más de seis meses, el gobierno suspendió el pago del tratamiento de Rosa y María no sabe con seguridad cuándo lo podrá retomar nuevamente. María cree que para que Rosa se cure tiene que «estar en tratamiento, tomar la medicina» («así de la nada, no se va a curar»).

Hace un tiempo, uno de los abogados que ocasionalmente se aventura dentro del barrio le dijo que sus chicos serían examinados por los efectos de la contaminación, pero ella no ha vuelto a escuchar de él: «creo que habrá una demanda contra las

⁵ Este Plan es un subsidio estatal para desempleados de \$150 por mes (US\$ 50) que el gobierno nacional lanzó después del colapso de la economía argentina en el 2001.

compañías». Otro abogado la representa a ella y a otros vecinos en un juicio contra la Central Dock Sud, una compañía eléctrica que colocó cables de alta tensión exactamente por encima de sus casas. «Ellos [la compañía eléctrica] nos van a dar una casa o dinero», cree María. Ella es optimista sobre el resultado del juicio y planea mudarse fuera de la villa con el dinero que espera recibir. Un doctor en La Plata (la capital de la provincia, a dónde llevó a su hija Rosa para su tratamiento) le dijo que los cables «producen cáncer». La demanda contra la compañía, nos cuenta, se propone «el traslado de los cables o nuestro traslado... no lo sé, estamos esperando al abogado... Según el abogado, Central Dock Sud debería darnos mucho dinero». Recientemente, sus dos hijas han desarrollado erupciones y manchas en la piel. «No sé qué pensar», nos cuenta María, «no sé si esto [los granos] viene de los cables, de la contaminación o de otro lugar». Con presión alta y anemia crónica, María no se siente bien: «no quiero sentirme más así porque es horrible».

Jimena

Jimena: Nos vamos a mudar a Tucumán.

Débora: ¿A vivir?

Jimena: Sí. A vivir. Es lindo. Es distinto. ¿Viste lo que pasó ayer? Le robaron a Josefina. Y ellos [los ladrones] son chicos del barrio, chicos que vos y yo conocemos, chicos que saludamos todos los días [...]

Luis: No se si nos vamos a mudar a Tucumán. Es difícil conseguir trabajo allá.

Jimena: Pero vamos a tener plata, Luis!

El diálogo tuvo lugar en marzo de 2005. El día antes, la casa de un viejo vecino fue asaltada. Jimena está expresando su deseo de mudarse de Villa Inflammable; un deseo que tiene raíces no solamente en la violencia creciente por la que se ve rodeada ella y su familia, sino también en el ambiente «horrible», «todo lleno de basura y ratas... todo contaminado». Luis, su marido, tiene dudas sobre los planes de Jimena; no cree que sea fácil conseguir trabajo en Tucumán. Jimena cree que el trabajo no va a ser su mayor problema en su próximo destino. Como María Soto, ella también espera recibir pronto una gran suma de dinero de la Corte, en compensación por los daños causados por la instalación de los cables de alto voltaje que corren por encima de sus precarias viviendas. Jimena cree que los cables «nos causan muchos problemas de salud».

Jimena tiene 27 años, pero, como muchos de sus jóvenes vecinos, luce más vieja. Cada vez que la vemos luce exhausta. Ella es otra beneficiaria del plan *Jefas y Jefes*. Luis trabaja como estibador en el puerto de Buenos Aires. Jimena nos contó que «trabaja por una semana, y luego no encuentra trabajo por un mes, trabaja por tres días y luego está desempleado por cinco días... trabaja en los barcos, siempre una changa, nunca efectivo, nunca tiempo completo. A veces trabaja por un mes entero y luego no tiene trabajo por los próximos cinco meses».

Jimena tiene tres hijos, Alexis (7), Gonzalo (4), y Nara (2). Su principal preocupación es Gonzalo, su hijo del medio, que fue diagnosticado desde su nacimiento con la enfermedad conocida como Malformación de Arnold Chiari.⁶ Gonzalo está desnutrido y es celíaco. Jimena también nos cuenta que «tiene problemas auditivos, la mitad de su cara sufre de parálisis desde que nació, tiene tortícolis y seis dedos en la mano...». Jimena sabe que los cables de alto voltaje no son los responsables de la suerte de Gonzalo porque no estaban allí cuando él nació: «yo vivía acá cuando estaba embarazada de Nara y gracias a Dios ella es saludable. No se si Gonzalo tiene todo esto por la contaminación... Los doctores me dicen que tengo que mudarme porque a medida que su enfermedad empeore las cosas se van a volver cada vez más complicadas para él si nos quedamos acá. Esos cables largan algún tipo de ácido que es horrible... pero no tengo plata para mudarme». Durante los últimos cuatro años, Jimena ha estado haciendo los trámites en la municipalidad local para obtener fondos para mejorar la pieza de Gonzalo. En el diálogo que sigue, vemos como su frustración con la inacción del Estado se encuentra y se superpone con su disgusto con el vecindario y con los temores que le impone a ella y a sus seres queridos el ambiente que la rodea:

⁶ De acuerdo con el Instituto Nacional de Desórdenes Neurológicos y Parálisis de los Estados Unidos, la malformación de Arnold Chiari es «la condición en la cual el cerebelo presiona el canal espinal». Gonzalo tiene el tipo II de esta malformación que está «asociada con la mielomeningoceles (un defecto de la espina dorsal) e hidrocefalia (crecimiento del fluido cerebro-espinal y la presión dentro del cerebro), que usualmente se manifiestan desde el nacimiento. La mielomeningoceles causa, usualmente, parálisis de las piernas y, menos comúnmente, de los brazos. Sin tratamiento, la hidrocefalia puede causar deterioro cerebral. Cualquier tipo de malformación de Arnold Chiari puede causar síntomas de dolor de cabeza, vómitos, dificultades para tragar y carraspera [...] Los niños con serias malformaciones pueden tener complicaciones que amenacen sus vidas». Jimena sabe que una cirugía podría reducir los síntomas de Gonzalo, pero ella está, en sus propias palabras, «asustada [...] quizás se opere cuando sea mayor». <http://www.ninds.nih.gov/disorders/chiari/chiari/htm>, accedido 12/23/05.

Débora: ¿Alguna vez vino una trabajadora social de la municipalidad a verte acá?

Jimena: Sí. Vino una trabajadora social. Ella dice que van a traer las cosas. Luego dice que vendrán pasado mañana. Y nunca más. El otro día fui al hospital y volví a la 1pm. Hablé con la nutricionista y le conté que Gonzalo estaba flaco. Me dijo que Gonzalo necesitaba esto y aquello y que me mandarían las cosas al día siguiente. Todavía estoy esperando...

Débora: ¿Y no pasó nada?

Jimena: Nunca aparecieron. No les estoy pidiendo dinero, no les pido una casa nueva. Sólo les pido madera para construir un nuevo cuarto para él. Porque el que tiene ahora... bueno, vos sabés, incluso si lo limpio todo el tiempo, cuando la laguna sube se llena de ratas [su jardín desemboca a un lodazal]. Incluso si pongo veneno las ratas siguen dando vueltas. Hay ratas así de grandes. Esos no son ratones, son ratas! Aunque les pongas veneno o trampas siguen dando vueltas. ¿No las viste en la vereda?!

Débora: Sí, parecen chanchitos de la India...

Jimena: Son gigantes. Y si muerden a alguno de los chicos o si tocan algo en tu cocina... Nunca dejo comida sobre la mesa porque nunca se sabe. Me la paso limpiando, paso lavandina en las sillas, en las mesas. Estas sillas las arruiné de pasarles tanta lavandina.

Jimena está convencida de que las empresas del complejo controlan lo que sucede en el barrio y que pronto los forzarán a abandonarlo: «Ellos [refiriéndose a la empresa petrolera brasilera Petrobras] nos quieren fuera de aquí para Octubre. Compraron esta tierra porque quieren tener un estacionamiento acá» (esta conversación tuvo lugar en Julio de 2004; para septiembre de 2006 ninguna relocalización había ocurrido y ellos seguían viviendo en el mismo lugar).

A pesar de su sufrimiento, sus quejas y su ansiedad, Jimena tiene esperanzas; todas ellas están puestas en su «maravilloso abogado»: «gracias a Dios tenemos a ese abogado que vino y nos salvó». En una afirmación que sintetiza sus presagios, su espera frustrada, su falta de confianza en el Estado y sus expectativas, Jimena nos contó:

A veces no quiero levantarme. Y ellos tampoco [refiriéndose a sus hijos]. Pero los entiendo, todo es por estos cables. No los examiné por la contaminación. Estoy esperando al abogado para realizar los estudios médicos. Si hacés los estudios en el centro de salud, van a la municipalidad y después no pasa

nada. No quiero que mi hijo tenga un análisis de sangre cada mes, no quiero que sea internado en el hospital cada tres meses y luego vuelva aquí. Es inútil. Entonces, estoy esperando que el abogado nos haga examinar. Estos exámenes no se van a perder y van a ir directo al juez. Tengo fe en que vamos a dejar este lugar... Me voy a ir a Tucumán, me voy a ir al campo. Me voy. No quiero estar más acá. Cuando estoy en otro lado estoy bien, pero cada vez que vuelvo me siento mal por toda esta mugre, las ratas. Odio este barrio, no quiero vivir acá. Quiero algo mejor para mis hijos.

Marta

Marta vino a vivir a Villa Inflamable en 1995. Organizó un comedor en el fondo de su casa que es abastecido por el municipio y alguna de las empresas del complejo. Tiene una hija y tres hijos. Las pruebas que le hicieron durante el PAE dieron que su hijo Ezequiel estaba contaminado con plomo. Marta nos explica:

A Ezequiel la da vergüenza salir con pantalones cortos por los granos. Está lleno de pequeñas cicatrices. Gracias a Dios nunca tuvo en la cara. Le compro pantalones largos así puede cubrir su granos. No duerme de noche. Le pica la espalda, los brazos, las piernas. Manuel [su segundo hijo] está empezando a tener sarpullidos también. Ahora estoy esperando a los abogados. Vienen para hacer algunos estudios pero no sé bien qué pasa porque todavía no han venido. Los llamo pero no vienen.

[...]

Antes que este, tuvimos otros abogados... El doctor Palacios y algunos otros. Venían, firmábamos [el poder del abogado], teníamos reuniones, nos explicaban las cosas y de golpe desaparecían. Venían de la ciudad. Los trajo un vecino. Creo que fue a través de un político local. Nunca volvieron a aparecer [en el 2001]. Fuimos a La Plata a hacernos los análisis de sangre. Después nos juntamos con otras madres y conseguimos otro abogado. Su nombre era Doctor Isla. Tuvimos reuniones en mi casa, firmamos papeles, y nos explicaron las cosas. Repasamos todas las posibilidades. Nos dijeron que le podíamos sacar dinero a las empresas. Isla desapareció, nunca volvió. Un día, apreció el Doctor Russo. Vino en noviembre del año pasado [2005]. De nuevo, desapareció. Pero volvió, este volvió, yo confío en él. Dejó de llamar-

nos hace seis meses... pero es muy responsable. Hizo examinar a cuatro familias pero todavía no sabemos los resultados. Según parece, llamó a uno de los vecinos y le dijo que había que hacer nuevamente los análisis de sangre. No sé. Han pasado meses desde que llamó la última vez. Lo voy a llamar yo [...] Hay caca en el agua, tenemos todo de nuestro lado [para ganar el juicio]. El abogado inició la demanda porque acá estamos desprotegidos. El abogado me dijo: «Marta, prepárate, porque vas a recibir una buena recompensa. Estamos a punto de ganar el juicio».

[...]

Nos van a mudar este año. Los de la municipalidad dicen que para el 2007 nadie debería vivir acá. Los dueños de la tierra nos van a pagar, nos van a dar una casa. No van a quedar más casas acá. Todo este lugar se va a transformar en un espacio verde y [habrá] plantas industriales. Todas las compañías, excepto Petrobras, ya pusieron el dinero [para la relocalización]. Todos los habitantes de Villa Inflamable vamos a ser trasladados... ¿pero dónde vamos a ir? No nos pueden echar. Si me dan treinta mil pesos me mudo a Areco [en la provincia de Buenos Aires] con mi primo. Es lindo allá [...] Pero, si me desalojan, no sé a dónde voy a ir. ¿Qué voy a hacer? No tengo lugar donde ir. No sé, no sé.

Esperar

¿Qué tan típicas son estas historias? ¿Qué tan representativas? ¿Qué nos dicen? Las elegimos, precisamente, porque ellas ilustran los elementos centrales que caracterizan el ritmo de la vida colectiva en Villa Inflamable tal como la vimos durante treinta meses de trabajo de campo. La vida en Villa Inflamable, como lo dicen estas y otras voces, se caracteriza por un frustrado tiempo de espera: esperar que los agentes del Estado manden su ayuda, esperar que el hospital provea de medicina, esperar que funcionarios y doctores autoricen y lleven adelante los tratamientos por envenenamiento con plomo, esperar, mientras se observa de manera impotente, cómo el veneno «consume lentamente» a tus seres queridos. La vida en Villa Inflamable también se caracteriza por una «espera esperanzada»: esperar la venida de los abogados, que los médicos realicen los exámenes físicos que «probarán» —en palabras de los mismos residentes— los efectos perniciosos de los cables de alto voltaje, que los jueces dicten senten-

cia a su favor en base a estos exámenes (para ellos incuestionables), y que los funcionarios concreten el tan esperado plan de traslado. En sus diferentes encarnaciones (funcionarios del Estado, doctores, abogados), el dominante le dice a los dominados, implícita o explícitamente, que tengan paciencia, que aguanten el tiempo, que permanezcan meros espectadores de un futuro que está a punto, siempre a punto, de suceder. Su espera inducida expresa en forma transparente la relación entre tiempo y poder, tanto en su dimensión objetiva como subjetiva.

Durante meses de trabajo de campo fuimos testigos de numerosas ocasiones en las que la expectativas de los residentes se incrementaron (esperando una «buena recompensa» que llegaría pronto porque ellos «tienen todo de su lado», i.e. «caca en el agua») para luego desplomarse (con la repentina desaparición de los abogados). Sus expectativas también fueron iluminadas (y luego oscurecidas) cuando los funcionarios anunciaron un próximo plan de re-localización y de inmediato vertieron dudas sobre su factibilidad y el momento de su realización.

Noticias Inminentes

Las historias sobre esta o aquella empresa (Petrobrás, Shell, Central Dock Sud) que compraría esta o aquella porción de Villa Inflamable para hacer esto o aquello (una playa de estacionamiento, un garage, un depósito) son parte de la vida cotidiana en el barrio. Planes estatales para algún tipo de traslado (total o parcial) han aparecido y desaparecido del horizonte a lo largo de los años. Los rumores sobre una inminente relocalización, consecuentemente, han estado dando vueltas por al menos una década («Sabés cuántas veces estuvimos a punto de irnos?», nos preguntaron repetidamente). Mientras estuvimos haciendo el trabajo de campo, personal de la municipalidad estaba realizando un censo que, según los vecinos, era parte de un inminente plan de traslado. Nada ha sucedido desde entonces –aunque los rumores sobre los vecinos «a punto de ser trasladados» corren de manera desenfrenada desde hace dos años.

NOTAS DE CAMPO (Javier), 5 de Julio de 2006. Riéndose, imitando a una vieja sin dientes y con bastón. Elsa, la mamá de Débora dice: «Están a punto de relocalizarnos... pronto, muy pronto...» Estamos almorzando en su casa y Elsa, irónicamente, se está refiriendo a una noticia de

ayer publicada en el diario Clarín. El artículo informa que 12 compañías (fábricas y depósitos, la mayoría de ellas plantas químicas) serán trasladadas fuera del polo. El informe también dice que 350 de las 700 familias que actualmente viven en Villa Inflamable también serán trasladadas pronto. El artículo dice literalmente: «todavía no se sabe qué familias serán relocalizadas», y luego cita una fuente municipal que dijo al diario que la antigüedad (i.e. los años que llevan viviendo en el vecindario) podría ser el criterio utilizado para decidir quién se irá primero. Elsa, su madre Rosario y Débora habían leído las noticias y estaban bastante entusiasmadas, especialmente Rosario: «Será posible que después de todos estos años finalmente nos mudemos?». Después de todo, ellas son parte de una de las familias más viejas de Villa Inflamable. Si el informe del diario es correcto, ellas estarán entre las primeras en irse [...] Hoy, antes de salir para Inflamable, entrevisté al secretario de obras públicas de la municipalidad de Avellaneda. Me dijo que aún no había nada decidido sobre la relocalización —cuando le mencioné las noticias de ayer, explícitamente confirmó que él no era la fuente municipal citada por el diario [...] Elsa, burlándose de sí misma, se imagina dentro de veinte años repitiendo «están a punto de relocalizarnos», quizá está en lo correcto después de todo. Yo no tengo modo de saberlo. Quizás se los traslade pronto. Lo que sí sé es que «la amenaza» es un rasgo constante de su existencia. Elsa, en un solo gesto, captura lo que sienten muchos vecinos: «Siempre estamos a punto de que nos saquen... y seguiremos así».

Durante los dos años y medio de nuestro trabajo de campo, los habitantes de Villa Inflamable estuvieron esperando noticias sobre el plan de traslado, siempre inminente, y sobre el juicio pendiente —a veces llenos de expectativas, otras veces sin demasiada esperanza. Vivían sus vidas, organizaban sus rutinas cotidianas y establecían raíces cada vez más profundas en este envenenado lugar mientras esperaban que algo cambiara pronto. Las noticias llegaron, finalmente, bajo la forma de un fallo judicial a fines de julio de 2006. Lo que sigue es una versión editada de las notas de campo que tomamos durante las últimas dos semanas de ese mes. Como el lector podrá observar, la conmoción inicial creada por el fallo de la Cámara aparentemente favorable fue pronto reemplazada por las siempre presentes dudas e incertidumbres.

NOTAS DE CAMPO (Javier) 12 al 26 de Julio del 2006. Tan pronto como llegué a la casa de Débora, me cuenta que ayer vino una abogada a entrevistarse con Jimena y sus vecinos. De acuerdo con Jimena, la abogada les dijo que, supuestamente, en tres o cuatros meses todo el mundo va a dejar la zona (el área que comprende 20 hogares ubicados exactamente debajo de los cables de alta tensión). La abogada les dijo que se había logrado un acuerdo con las compañías: Shell y otras entregarían el dinero para que los residentes se fueran. A través de Catalino, que vive en esta parte del barrio, pudimos averiguar el nombre y el número de teléfono de la abogada que vino ayer a traer las noticias a todas las familias que son demandantes en el juicio contra Central Dock Sud. María Soto (cuya hija Rosa está envenenada con plomo) estuvo en la reunión con la abogada. Nos cuenta que les mostró «un pedazo de papel firmado por tres jueces... las compañías nos van a pagar para irnos. Nos deberíamos ir en tres o cuatro meses». Ella no sabe cuánto dinero va a recibir. Pero repite que «deberíamos irnos en tres o cuatro meses. Nos van a dar plata y nos vamos a ir». Le preguntamos cuánto dinero espera recibir. María duda. «Espero que nos paguen... así nos podemos ir», y agrega, «esperemos lo mejor... las empresas quieren esta zona para construir una playa de estacionamiento» [...] No sabe realmente las especificidades del fallo de la Cámara [...] Después de varios intentos, finalmente, pude hablar con la abogada. Me comenta que la Cámara expidió una medida cautelar «para frenar la electro-polución» en el barrio. Le pregunto acerca de los tiempos establecidos (sobre los tres o cuatro meses en los que están pensando los vecinos) y me contesta que todavía no hay nada decidido al respecto. Le pregunto quién va a pagar el traslado. Ella no sabe: «el juicio es sobre el daño presente y futuro, pero es casi imposible obtener dinero de las compañías aseguradoras...». Confundido [porque ahora, sinceramente, no entiendo el entusiasmo de los vecinos], le pregunto qué va a pasar con ellos: «Cuándo van a tener que mudarse? ¿Qué les va a pasar?». Y su respuesta ilumina el juego de intereses dentro del cual el futuro de los habitantes de Inflamable no es necesariamente la cuestión más importante: «Escuchame... yo no soy ni la madre Teresa, ni Chiche Duhalde» [mujer de un ex gobernador de la provincia de Buenos Aires conocida por su trabajo de caridad con los pobres]. Lo que ella, la abogada, pretende es una compensación

monetaria por los daños causados por la contaminación; si los habitantes reciben dinero (cualquier dinero), ella recibirá su porcentaje: «yo también necesito vivir. Hasta ahora, las cosas me salieron bien...». Admite que «probar» en la Cámara el daño causado por los cables es una tarea muy difícil. Espera alcanzar algún tipo de acuerdo que los beneficie a ambos, a ella y a los vecinos, en términos económicos. [...] Obtuvimos una copia del fallo judicial [...] es un documento de once páginas lleno de detalles técnicos y términos judiciales en el que las medidas preventivas pedidas por los litigantes –i.e. una interrupción inmediata en el uso de las líneas de alta tensión– son, de hecho, denegadas. Los jueces ordenan a las compañías que «dentro de los próximos 120 días tomen nuevas medidas» para «prevenir los posibles daños causados por la polución eléctrica». Los jueces recomiendan a los litigantes «llegar a un acuerdo» que incluya el traslado a algún lugar donde los vecinos acepten mudarse. El límite de 120 días es para que las compañías presenten a la Cámara «un informe detallado de los resultados alcanzados». En verdad, lo que la Cámara dispuso difiere, de manera notable, de lo que los abogados les dicen a los vecinos y, más todavía, de lo que los vecinos entienden.

Si decidimos dejar estas largas notas en su versión más cruda no fue sólo porque describen la acción y el espacio en tiempo real, sino también porque transmiten la sensación de cómo operan las dudas y las confusiones y cómo evolucionan las expectativas. Al principio, se incrementan las expectativas de los vecinos: todos aquellos con los que nos cruzamos durante los primeros dos o tres días posteriores a la visita de la abogada estaban hablando sobre el traslado y sobre posibles sumas de dinero («¿Serán 30.000 o 50.000 pesos?»; «¡Yo no me voy a mudar por 20.000 pesos! ¡Ni loco!»; «¿Y si pedimos 80.000?», escuchamos en muchas ocasiones). Como nos dijo María: «tenemos que empezar a buscar casas para comprar». Dos semanas más tarde, las dudas y la confusión (sobre lo que en realidad había dicho el juez y sobre lo que verdaderamente estaba intentando obtener la abogada) se clarificaron.

Más allá de lo que realmente suceda con los vecinos que están viviendo debajo de los cables de alta tensión, con aquellos que viven en la parte vieja de la villa, o con los que viven en la zona nueva, donde están las tierras más bajas –y

por más importante que sean estas cuestiones—, pensamos que lo más interesante en términos socio-antropológicos es lo que todo este proceso de espera del desalojo y/o compensación nos dice sobre cómo funciona y cómo se experimenta la sumisión. Funciona a través de la aquiescencia frente a la autoridad de otros poderosos (abogados, jueces, funcionarios estatales) y se experimenta como un tiempo de espera. Parafraseando a Shutz, podemos decir que más que actores que pueden proyectar y «hacer que las cosas ocurran», los residentes de Villa Inflamable son observadores impotentes de lo que el futuro les depara. Un último extracto de un diálogo que tuvimos con dos viejos vecinos del barrio ejemplifica lo que queremos decir muy claramente:

García: Ahora tenemos que esperar a que Shell o alguien más nos saque. O, por ahí, nos saca la municipalidad...

Débora: ¿A quién van a sacar?

Irma: A nosotros

García: Si nos pagan, nos vamos...

Débora: ¿Y creés que nos van a pagar?

García: No, sinceramente, no. Desde 1982 está el rumor de que nos van a sacar... Pero en esta zona todos son propietarios y les va a costar mucho dinero... la gente del Danubio (donde vive Jimena) se va a tener que ir porque los brasileros (refiriéndose a Petrobrás) compraron ese pedazo y van a construir una playa de estacionamiento allá.

Discusión y tarea pendiente

Las creencias tóxicas (o, para ponerlo en términos fenomenológicos, las experiencias tóxicas) se construyen en el tiempo. El tiempo, sostenemos en este artículo, da su forma y sentido a las experiencias de contaminación —tanto que sería imposible describir y explicar la incertidumbre generalizada que domina la vida en Villa Inflamable sin analizar simultáneamente las percepciones del tiempo y, en particular, la esperanzada o temerosa espera de sus habitantes.

En una evaluación reciente de la investigación cualitativa, Robert Zussman (2004: 362) escribe que «los estudios de caso exitosos observan circunstancias extremas e inusuales y ejemplos analíticamente claros; todos los cuales son importantes, no tanto porque sean representativos, sino porque muestran un pro-

ceso o problema de un modo particularmente relevante». ⁷ El caso de Villa Inflamable es un caso extremo; uno que sin ambigüedades encierra la dramática interrelación entre el sufrimiento ambiental, la experiencia tóxica y la dominación social. Los habitantes de Villa Inflamable comparten con todos los grupos dominados un destino similar, en tanto que condenados a vivir en un tiempo orientado hacia otros. En Villa Inflamable, no obstante, este tiempo alienado toma una forma exagerada, y este artículo intentó recoger en la forma más detallada posible todas las conductas y opiniones que ilustran esta sumisión al poder de otros.

«Esperar», escribe Pierre Bourdieu en *Meditaciones Pascalianas*, «es uno de los modos privilegiados de experimentar los efectos del poder [...] Esperar implica sumisión». Será difícil encontrar un caso empírico que ilustre esta afirmación de modo más transparente que Villa Inflamable. Esta villa contaminada es, de hecho, un «sitio de investigación estratégico» (Merton, 1987) que se puede utilizar para pensar con mayor profundidad las conexiones entre los modos de experimentar el tiempo y los modos de experimentar la dominación. Este artículo intentó hacerlo narrando las creencias y conductas sobre la polución y analizándolas en su relación con las disposiciones locales respecto del futuro. Como diría Schutz, al igual que la mayoría de los seres humanos en su «realidad alerta», los habitantes de Villa Inflamable están profundamente involucrados en aquello que anticipan; sus expectativas, además, son compartidas, colectivas y socializadas. Podríamos interpretar sus expectativas (a veces ilusorias) como el modo (no necesariamente conciente) en que los vecinos buscan activamente estructurar sus incertidumbres. Sin embargo, en relación con su ambiente contaminado, los habitantes de Villa Inflamable también se parecen a Tiresias. Una vez que labramos etnográficamente el terreno de las representaciones subjetivas de la toxicidad que tienen sus habitantes, nos damos cuenta de que experimentan la contaminación como algo que escapa a su control y como algo hacia lo cual la postura dominante es esperar a que los poderosos decidan sobre sus vidas. Como Tiresias, los habitantes de Villa Inflamable son testigos sin poder de las acciones y palabras (o de su ausencia) decididas y dichas en otra parte.



⁷ Para perspectivas similares sobre «estudios de caso», ver Ragin y Becker (1992), Aldford (1998), Katz (2001, 2002).

Los parias urbanos en América Latina no respiran el mismo aire, ni toman la misma agua, ni juegan en los mismos terrenos que el resto. El suyo es un ambiente (en general contaminado) que tiene terribles consecuencias sobre su salud actual y sus capacidades futuras, y sobre el cual los estudiosos (nosotros incluidos) han mantenido silencio por largo tiempo.⁸ La carga del sufrimiento tóxico que recae desproporcionadamente sobre la gente pobre sin dudas debe considerarse un aspecto de la estructura de clase de una sociedad particular.⁹ Pero el sufrimiento tóxico también tiene una dimensión de género que debe ser cuidadosamente analizada.

Como incluso un lector poco atento habrá notado, la carga del sufrimiento ambiental aquí documentada recae desproporcionadamente sobre las madres de Villa Inflamable. Dado que es sobre ellas que recae de manera desproporcionada, en relación con sus maridos, la crianza de los hijos, son ellas las que están constantemente preocupadas por su salud (son ellas las que llevan a los hijos a los centros de salud, hacen largos viajes a los hospitales donde se trata la contaminación con plomo, etc). Como las madres en todos lados, las de Villa Inflamable no sólo «se preocupan» sino que también «se ocupan» de sus hijos (Bryson y otros, 2001). Las madres cargan con la responsabilidad de cuidar y, a veces también, con la culpa (las acusaciones a la mala crianza como causa de la contaminación con plomo usualmente apuntan a ellas como «malas madres»). Como consecuencia del trabajo de sus maridos y de su estatus como beneficiarias de los planes sociales del Estado, las mujeres son las que normalmente están en el barrio cuando los abogados y funcionarios se aventuran en la villa. Por lo tanto, son ellas las que, en general, están a cargo de llamar a los abogados para armar las citas y de acercarse a la oficinas públicas en busca de ayuda. También son las mujeres las que siguen más de cerca las noticias sobre posibles traslados y compensaciones. Una mejor comprensión de las experiencias tóxicas y del funcionamiento de la dominación social debe, por lo tanto, prestar mayor atención a esta

⁸ Dos recientes críticas múltiples testifican el hecho de que los espacios contaminados donde viven los pobres urbanos es una preocupación marginal (si no ausente) entre los académicos. Una crítica reciente sobre una serie de estudios sobre pobreza y desigualdad en América Latina, publicado en *Annual Review of Sociology* (Hoffman y Centeno, 2003), y un simposio sobre la historia y el estado actual de los estudios sobre marginalidad y exclusión en América Latina, publicado en *Latin American Research Review* (González de la Rocha y otros, 2004), ni mencionan los factores ambientales como dimensiones centrales de la privación material.

⁹ Para evaluaciones distintas respecto a los vínculos entre ambiente y desigualdad, ver los numerosos estudios sobre «racismo ambiental» (como por ejemplo, Capek, 1993; Bullard, 1994; Anderton y otros, 1994; Weinberg, 1998; Mitchell y otros, 1999; Pellow, 2002, 2005; Checker, 2005; Downey, 2005).

dimensión de género y a las formas en que interactúa y refuerza la dimensión de clase del sufrimiento ambiental.

Coda

Vimos por última vez a María en septiembre del 2006. Recién se había enterado que el último de la larga lista de abogados había desaparecido justo luego de decirle a ella y a otros vecinos que la Cámara estaba a punto de darles el dinero suficiente para comprar casas nuevas en alguna otra parte. En una oración, María sintetizó los varios hilos de nuestra argumentación en este trabajo. Con sus ojos mirando hacia la nada y con una expresión de resignación frente a un futuro que ella, como Tiresias, no puede controlar, María nos dijo: «Ahora, solo nos queda esperar...»

Bibliografía

- Anderton, Douglas, Andy B. Anderson, John Michael Oakes y Michael Fraser (1994) «Environmental Equity: The Demographics of Dumping», en *Demography* 31(2).
- Auyero, Javier y Débora Swistun (2007a) «Confused Because Exposed: Towards an Ethnography of Environmental Suffering», en *Ethnography*. En prensa.
- Auyero, Javier y Débora Swistun (2007b) «The Social Production of Toxic Uncertainty», en *Mimeo*, Stony Brook University.
- Auyero, Javier (1999) «‘This is Like the Bronx, Isn’t It?’ Lived Experiences of Slum-dwellers in Argentina», en *International Journal of Urban and Regional Research* 23(1).
- Auyero, Javier (2001) *Poor People’s Politics*. Durham, NC, Duke University Press.
- Beamish, Thomas (2000) «Accumulating Trouble: Complex Organization, a Culture of Silence, and a Secret Spill», en *Social Problems* 47(4).
- Beamish, Thomas (2001) «Environmental Hazard and Institutional Betrayal», en *Organization and Environment* 14(1).
- Berney, Barbara (2000) «Round and Round It Goes. The Epidemiology of Childhood Lead Poisoning, 1950-1990», en Kroll-Smith, Steve, Brown, Phil y Gunter, Valerie J. (Eds.) *Illness and the Environment. A Reader in Contested Medicine*, Nueva York, New York University Press.

- Bourdieu, Pierre et al. (1999) *The Weight of the World. Social Suffering in Contemporary Society*, California, Stanford University Press.
- Bourdieu, Pierre (1977) *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1991) *Language and Symbolic Power*, Cambridge, Harvard University Press.
- (1998) *Practical Reason*, California, Stanford University Press.
- (2000) *Pascalian Meditations*, California, Stanford University Press.
- Brown, Phil y Edwin Mikkelsen (1990) *No Safe Place. Toxic Waste, Leukemia, and Community Action*, Berkeley, University of California Press.
- Brown, Phil, Steve Kroll-Smith, y Valerie J. Gunter (2000) «Knowledge, Citizens, and Organizations. An Overview of Environments, Diseases, and Social Conflict», en Kroll-Smith, Steve, Brown, Phil y Gunter, Valerie J. (Eds.) *Illness and the Environment. A Reader in Contested Medicine*, Nueva York, New York University Press.
- Brown, Phil (1991) «The Popular Epidemiology Approach to Toxic Waste Contamination», en Couch, Stephen Robert y J. Stephen Kroll-Smith (Eds) *Communities at Risk. Collective Responses to Technological Hazards*, Nueva York, Peter Lang.
- Bryson, Lois, Kathleen McPhillips y Kathryn Robinson (2001) «Turning Public Issues into Private Troubles. Lead Contamination, Domestic Labor, and the Exploitation of Women's Unpaid Labor in Australia», en *Gender and Society* 15(5).
- Bullard, Robert (1990) *Dumping in Dixie. Race, Class, and Environmental Quality*, Boulder, CO, Westview Press.
- Capek, Stella (1993) «The 'Environmental Justice' Frame: A Conceptual Discussion and Application», en *Social Problems* 41(1).
- Checker, Melissa (2005) *Polluted Promises. Environmental Racism and the Search for Justice in a Southern Town*, Nueva York, New York University Press.
- Couch, Stephen Robert y J. Stephen Kroll-Smith (Eds.) (1991) *Communities at Risk. Collective Responses to Technological Hazards*, Nueva York, Peter Lang.
- Davis, Mike (2006) *Planet of Slums*, London, Verso.
- Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires (2006) «Resolución 1157/06», en www.defensoria.org.ar, accedido abril 26, 2006.
- Defensoría del Pueblo de la Nación Argentina (2003) *Informe Especial sobre la Cuenca Matanza-Riachuelo*, Defensor del Pueblo de la Nación, Argentina.
- Dorado, Carlos (2006) «Informe sobre Dock Sud», Buenos Aires, Mimeo.

- Downey, Liam (2005), «The Unintended Significance of Race: Environmental Racial Inequality in Detroit», en *Social Forces* 83(3).
- Durkheim, Emile (1965) *The Elementary Forms of Religious Life*, Nueva York, Free Press.
- Edelstein, Michael (2003) *Contaminated Communities*, Boulder, CO, Westview Press.
- Eden, Lynn (2004) *Whole World on Fire. Organizations, Knowledge & Nuclear Weapons Devastation*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press.
- Emerson, Robert et al. (1995) *Writing Ethnographic Fieldnotes*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Farmer, Paul (2004) *Pathologies of Power. Health, Human Rights, and the New War on the Poor*, California, University of California Press.
- Gaventa, John (1980) *Power and Powerlessness. Quiescence and Rebellion in an Appalachian Valley*, Urbana, University of Illinois Press.
- Geertz, Clifford (1973) *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books.
- Giddens, Anthony (1986) *The Constitution of Society*, New York, Polity Press.
- González de la Rocha, Mercedes et al. (2004) «From the Marginality of the 1960s to the 'New Poverty' of Today: A LARR Research Forum», *Latin American Research Review* 39(1).
- Gould, Kenneth A. (1998) «Response to Eric J. Krieg's 'The Two Faces of Toxic Waste: Trends in the Spread of Environmental Hazards'», en *Sociological Forum* 13(1).
- Heimer, Carol (1988) «Social Structure, Psychology, and the Estimation of Risk», en *Annual Review of Sociology* 14.
- Heimer, Carol (2001) «Cases and Biographies: An Essay on Routinization and the Nature of Comparison», en *Annual Review of Sociology* 27.
- Hoffman, Kelly y Miguel Angel Centeno (2003) «The Lopsided Continent: Inequality in Latin America», en *Annual Review of Sociology* 29.
- Katz, Jack (1982) «A Theory of Qualitative Methodology: The Social System of Analytic Fieldwork», en Jack Katz, *Poor People's Lawyers in Transition*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press.
- (2001) «From How to Why. On Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part I)», en *Ethnography* 2(4).
- (2002) «From How to Why. On Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part II)», en *Ethnography* 3(1).
- Krieg, Eric J. (1998) «The Two Faces of Toxic Waste: Trends in the Spread of Environmental Hazards», en *Sociological Forum* 13(1).

- Kroll-Smith, Stephen y Stephen Robert Couch (1991) «Technological Hazards, Adaptation and Social Change», en Couch, Stephen Robert y J. Stephen Kroll-Smith (Eds.) *Communities at Risk. Collective Responses to Technological Hazards*, Nueva York, Peter Lang.
- Lanzetta, Máximo y Néstor Spósito (2004) *Proceso Apell Dock Sud*, Mimeo.
- Markowitz, Gerald y David Rosner (2002) *Deceit and Denial. The Deadly Politics of Industrial Pollution*, Berkeley, CA, University of California Press.
- Merlinsky, Gabriela (2007b) «Conflicto Ambiental, Organizaciones y Territorio en el Area Metropolitana de Buenos Aires», Buenos Aires, Mimeo, Universidad de General Sarmiento.
- Merlinsky, Gabriela (2007^a) «Vulnerabilidad Social y Riesgo Ambiental: ¿Un Plano Invisible para las Políticas Públicas?», en *Mundo Urbano* 27, www.mundourbano.unq.edu. Consultado en enero 8, 2007.
- Mitchell, Jerry, Thomas, Déborah y Cutter, Susan (1999) «Dumping in Dixie Revisited: The Evolution of Environmental Injustices in South Carolina», en *Social Science Quarterly* 80(2).
- Murray, Melbin (1978) «The Colonization of Time», en Carlstein, T. et al (Eds.), *Timing Space and Spacing Time in Social Organization*, London, Edward Arnold.
- Ortner, Sherry (2006) *Anthropology and Social Theory*, Durham, Duke University Press.
- PAE (2003) *Plan de Acción Estratégico para la Gestión Ambiental Sustentable de un Área Urbano-Industrial a Escala Completa. Informe Final*. JMB Ingeniería Ambiental.
- Pellow, David (2002) *Garbage Wars. The Struggle for Environmental Justice in Chicago*, Cambridge, Mass, The MIT Press.
- Pellow, David (2005) «Environmental Racism: Inequality in a Toxic World», en Romero, Mary y Margolis, Eric (Eds.) *The Blackwell Companion to Social Inequalities*, Malden, MA, Blackwell.
- Roth, Julius (1963) *Timetables: Structuring the Passage of Time in Hospital Treatment and Other Careers*, Indianapolis, Bobbs-Merrill.
- Scheper-Hughes, Nancy (1992) *Death Without Weeping*, California, California University Press.
- Schutz, Alfred (1964) *The Problem of Social Reality. Collected Papers 1*, The Hague, Martinus Nijhoff.
- Scott, Jame y Benedict Kerkvliet (1977) «How Traditional Rural Patrons Lose Legitimacy: A Theory with Special Reference to Southeast Asia», en Guasti,

- Laura, Landé, Carl, Schmidt, Steffen y Scott, James (Eds.) *Friends, Followers, and Factions: A Reader in Political Clientelism*, Berkeley, The University of California Press.
- Sorokin, Pitirim y Merton, Robert (1937) «Social Time: A Methodological and Functional Analysis», en *American Journal of Sociology* 42.
- Stillwaggon, Eileen (1998) *Stunted Lives, Stagnant Economies. Poverty, Disease, and Underdevelopment*, New Jersey, Rutgers University Press.
- Thompson, E. P. (1994) *Customs in Common*. Nueva York, The New Press.
- Thompson, John B. (1984) *Studies in the Theory of Ideology*, Berkeley, University of California Press.
- Tierney, Kathleen (1999) «Toward a Critical Sociology of Risk», en *Sociological Forum* 14(2).
- United Nations Human Settlements Programme (2003) *The Challenge of Slums. Global Report on Human Settlements 2003*, London, Earthscan Publications Ltd.
- Vaughan, Diane (1990) «Autonomy, Interdependence, and Social Control: NASA and the Space Shuttle Challenger», en *Administrative Science Quarterly* Vol. 35, No. 2.
- (1998) «Rational Choice, Situated Action, and the Social Control of Organizations», en *Law & Society Review* 32 (1).
- Warren, Christian (2000) *Brush with Death. A Social History of Lead Poisoning*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Weinberg, Adam S. (1998) «The Environmental Justice Debate: A Commentary on Methodological Issues and Practical Concerns», en *Sociological Forum* 13(1).
- Widener, Patricia (2000) «Lead Contamination in the 1990s and Beyond. A Follow-up», en Kroll-Smith, Steve, Brown, Phil y Gunter, Valerie J. (Eds.) *Illness and the Environment. A Reader in Contested Medicine*, Nueva York, New York University Press.
- Williams, Raymond (1977) *Marxism and Literature*, Nueva York, Oxford University Press.
- Willis, Paul y Trondman, Mats (2000) «Manifiesto for Ethnography», en *Ethnography* 1 (1).
- Zerubavel, Eviatar (1979) *Patterns of Time in Hospital Life*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Zonabend, Françoise (1993) *The Nuclear Peninsula*, Nueva York, Cambridge University Press.

Resumen

Este artículo explora los lazos entre el sufrimiento ambiental, la dominación social y las percepciones colectivas del tiempo en base al trabajo etnográfico realizado a lo largo de 30 meses en Villa Inflamable, un barrio pobre y altamente contaminado de la Argentina. El artículo muestra que los modos en que los habitantes de esta villa piensan y sienten la contaminación (y el modo en que conviven con ella) están profundamente entrelazados con sus percepciones sobre el futuro. En consecuencia, el trabajo propone que un análisis etnográfico de las experiencias vividas de la contaminación también debe ser una *cronografía*—i.e. una descripción densa del orden socio-temporal vernáculo.

Palabras Claves: Tiempo, Sufrimiento ambiental, Cronografía.

Abstract

Based on 30 months of ethnographic fieldwork in Flammable shantytown, a highly contaminated poor barrio in Argentina, this paper examines the links between environmental suffering, social domination, and collective perceptions of time. We show that the ways in which residents think and feel about (and cope with) pollution are deeply entangled with their perceptions of the future. We thus argue that an ethnographic account of the lived experiences of contamination should also be a *tempography*—i.e. a thick description of the vernacular socio-temporal order.

Keywords: Time, Environmental Suffering, Tempography.

